

muchos. Largo tiempo antes de la ruptura de las hostilidades, los médicos estaban con los agentes avanzados del ejército, inspeccionando las provisiones que se preparaban para las tropas; como consecuencia de estas precauciones, no se presentaron luego los millares de casos de enfermedades intestinales, diarreas y disenterías, y fiebres infecciosas que provienen de mala alimentación y desprecio á las reglas higiénicas, enfermedades que han hecho perder más campañas que la estrategia de los generales enemigos ó las balas de sus soldados.

»Aun no es tiempo de presentar pruebas estadísticas; pero de mis observaciones personales infero que en los hospitales japoneses se ha logrado una notable reducción en la mortalidad causada por las heridas; en particular por las penetrantes en el cráneo, pecho y abdomen, y las lesiones en los huesos, excepto las de la columna vertebral. Pero donde brillan más los resultados de la previsión japonesa es en la reducción de los fallecimientos por enfermedades evitables, que á veces conducen al sepulcro á 400 hombres por cada 100 que mueren irremediabilmente. Si se acepta el testimonio de personas conocedoras del asunto, de acuerdo con mis propias observaciones, las pérdidas originadas por las enfermedades evitables no llegaron, en los seis primeros meses de la campaña, á uno por ciento del efectivo; y esto en una región notoriamente insalubre. Compárese esta cifra con las espantosas pérdidas de los ingleses, por iguales dolencias, en el África del Sud, ó, peor todavía, con las nuestras durante la guerra hispano-americana.

»Prescindiendo del resultado final de esta terrible guerra, la historia jamás dará una demostración más convincente de los beneficios de una excelente organización sanitaria, higiénica y administrativa, que la que se deduce de la actual campaña.

»La ración de los japoneses es inspeccionada por el cuerpo de Sanidad, el cual está familiarizado con este labor y la ejecuta con arreglo á procedimientos científicos. Es la ración más sencilla del mundo: casi exclusivamente arroz, con un poco de carne, pescado seco y escabeche. Aunque no sería

admisible en otros ejércitos, su característica es la sencillez; cuesta la décima parte de la nuestra. Nuestra ración es á propósito para un país frío, para un clima ártico, pero para una comarca tropical constituye el colmo del absurdo.

»El Japón es un pueblo muy pobre. La economía es el punto de partida para todos sus cálculos, y procura reducir los gastos, hasta el punto de que 648 soldados japoneses cuestan lo mismo que 82 de los nuestros.

CRÓNICA DE LA GUERRA

El armisticio naval.—El 26 de Septiembre se reunieron en la bahía Korniloff los almirantes Jessen y Kamimura, para concertar las condiciones del armisticio marítimo. Cada una de las escuadras, rusa y japonesa, constaba de dos cruceros y dos torpederos. La reunión duró cinco horas, y los almirantes señalaron la línea de demarcación más allá de la cual no podrán pasar los barcos de cada una de las dos potencias, ni será permitido el contrabando de guerra.

* * *

Aunque la paz no ha sido aún ratificada por los soberanos de los dos Imperios, puede asegurarse que la guerra ha terminado y que ha desaparecido el peligro de que el partido progresista japonés imponga su voluntad al Mikado. La dislocación de los ejércitos de la Mandchuria y los detalles de la repatriación son materias de interés general muy limitado, aunque desde el punto de vista puramente militar ofrezcan abundantes enseñanzas. Además, el largo plazo que se fija para la evacuación de la Mandchuria nos impide ocuparnos en aquellos puntos. Únicamente expondremos, si se hacen públicas antes de que termine su existencia LA GUERRA RUSO-JAPONESA, las medidas de previsión que adopten Rusia y Japón en las fronturas mandchurianas y la situación y fuerza de las tropas que en ellas queden.

Concluiremos estas Crónicas con algunas consideraciones generales, necesariamente breves y concisas, acerca de la guerra que acaba de terminar, escritas no ya con sujeción á lo que en estas columnas hemos dicho, sino teniendo en cuenta todo lo que después se ha publicado en los principales periódicos y revistas militares del mundo, y lo que han dado á conocer los correspondientes en el teatro de la guerra.

JUAN AVILÉS

Comandante de Ingenieros

29 Septiembre de 1905.

Imp. CASTILLO.

La Guerra Ruso Japonesa

SUMARIO: El general Michtchenko, por V. A.—Los ocios del ejército japonés.—«El Japón, centro del mundo», por Z.—Resumen de la guerra, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.



Tropas cosacas del Amur

EL GENERAL MICHTCHENKO

Recuerdo que aproximadamente á mediados de Noviembre del año pasado, entró en el vagón número 414, donde yo vivía con el oficial V. K. Chneur, del primer regimiento de cosacos de Tchitinsk, un hombre que vestía una túnica gris, sin hombreras, papaj negro y grandes botas de fieltro; de rostro pálido, no curtido aun por el aire y el sol, que denotaba una honda preocupación; de ojos azules, y de una enorme barba rubia. Era el teniente Burten, del ejército francés, á quien sus ardientes simpatías hacia Rusia y los rusos, y el ardiente deseo de aprender prácticamente las cosas de la

guerra, habían llevado á la Mandchuria. Perdido en una mar de confusiones, sin conseguir realizar nunca sus deseos, hacia diez meses que, con diez mil francos en el bolsillo, viajaba de París á Petersburgo, de Petersburgo á París, de París á Mukden, pero no llegaba á nuestro ejército. No atreviéndose á solicitar del general Kuropatkin una audiencia, estaba punto menos que desesperado. «Decidme, ¿qué he de hacer?»—exclamó mientras las lágrimas caían gota á gota sobre su luenga barba.—«Yo no puedo regresar ahora á Francia... Pido muy poco: me contentaré sirviendo como simple soldado; no deseo más.» Con estas modestas y sinceras razones se dirigía á donde quiera

veía una cara amiga, pero siempre sin resultado.—«¿Quién me puede servir?»—me preguntó; yo repuse en el acto: «Únicamente Michtchenko.»

El destacamento del general Michtchenko, y en particular el Estado Mayor del general, era el alma de los cosacos. Allí acudían todos, no solo para ocuparse en la participación de los cosacos en la guerra, ó en las cuestiones de campamento ú otras propias del estado mayor, sino que llegaban continuamente notas en número aterrador y solicitudes y visitas. Allí se reunían toda clase de personas: retirados y reservistas; oficiales de todas las categorías, en activo servicio; jóvenes y viejos; unos en busca de noticias de la guerra; otros deseando conocer la situación de las tropas; quien en súplica de destinos ó comisiones; mozos que pedían alistarse como voluntarios; y otros que deseaban servir agregados al ejército. A estos se les pregunta solamente:

—¿Crees en Dios?

—Creo.

—¿Reverencias al Tsar?

—Lo reverencio.

—¿Estás dispuesto á morir por la patria?

—Lo estoy.

Todos acuden con súplicas y peticiones al complaciente coronel Pavloff y al bondadoso general Michtchenko. Y tanto tiempo les tienen ocupados todas esas cosas, que apenas les queda un momento para pensar en sí mismos.

El corneta Makaroff se presentó al general Michtchenko con un cierto memorial. Encantado de la personalidad, del general, y del espíritu militar del destacamento, el corneta solicitó con ahinco que se le dejara afecto, con cualquier pretexto, á uno de los regimientos de la brigada de cosacos del Transbaikal. El corneta había acreditado su valor en el campo de batalla, y el general le recibió con agrado. Tomando el memorial, recomendó al Estado Mayor; el corneta quedó en el destacamento, tomó parte en los reconocimientos y combates, y el 12 (25) de Junio, cerca de Sha-ho-tian, fué mortalmente herido.

Recuerdo aquella hermosa noche de verano, en la que el general Michtchenko, que estaba sentado cenando en el círculo de oficiales de la 11.^a batería, perteneciente á su destacamento, recibió la noticia de la

muerte de Makaroff. El general oyó la nueva con la mayor indiferencia, siguió sentado y continuó la conversación empezada. Yo le reproché entonces en mi interior, pero pronto comprendí que esta conducta del general obedecía á un cálculo y no era imputable á dureza de corazón. Poco á poco fué desapareciendo la tristeza causada por la noticia traída por el mensajero, pero un oficial reflejó todavía la preocupación en su semblante. «¿Qué pensáis?»—le dijo el general.—Estas cosas son naturales en la guerra, y hay que acostumbrarse á ver muertos y heridos...» Después de esto se acercó á la mesa un soldado, y pidió que se le dejara transmitir al general algunas palabras de Makaroff, á quien había profesado grande afecto; otorgada la venia, dijo el soldado: «Cuando Su Nobleza cayó á tierra, mortalmente herido, me llamó para que acudiera á su lado, y me dijo estas palabras: «Pronto no podré hablar, así que escucha bien lo que te voy á decir: preséntate al general Michtchenko y dile que admiro su valor y su diligencia; que yo pertenecía á su destacamento...» Esto es lo que me ordenó decir.»

El recuerdo de Makaroff me sugirió la idea de aconsejar á Burten que se presentara á Michtchenko. Y no me engañé. Burten fué á ver al general aquel mismo día, y dos ó tres después fué agregado al primer regimiento de Berjneudinski, no como simple cosaco, sino como oficial. Apenas transcurrido mes y medio, Burten murió heroicamente en el ataque de las fábricas y almacenes de Ynku.

Y esto de nuevo me trae á la memoria uno de los rasgos característicos de Michtchenko. Al saber la muerte de Burten, el general ordenó que se recobrase su cadáver, tarea ciertamente difícil. El destacamento del general Baumgarten reanudó y sostuvo el peso del combate, hasta que el cuerpo del bravo Burten fué encontrado bajo los humeantes escombros de la fábrica ocupada por la infantería japonesa. No fué esto solo: el general Michtchenko ordenó á su destacamento que recogiera todos los heridos, y que se procurara no exponer la tropa al fuego enemigo, extremándose en lo posible las medidas para ponerla á cubierto.

El general lo vigila é inspecciona todo. La algará que contra la retaguardia japone-

sa se llevó á cabo en Enero, fué dispuesta en Octubre y ordenada desde entonces la organización de las tropas, organización que fué después mantenida. Entre las medidas de previsión que adoptó el general figuraba el abandono de los heridos y enfermos, con objeto de no entorpecer la rápida marcha de la columna. Esta orden pareció cruel, pero era noble. Yo aseguro que á los cuerpos que formaban la retaguardia no fué circulado el aviso; de este modo las vanguardias y el grueso debían poder entregarse de lleno y sin estorbos á su cometido, corriendo á cargo de la retaguardia recoger los heridos y enfermos. ¡Con qué grande espíritu y con qué furor fueron á la



General Gorbatovski, comandante de la 1.^a brigada de la 7.^a división siberiana

muerte los soldados, creyendo que les abandonarían sus jefes y camaradas, y poniendo todo su empeño en obedecer las órdenes recibidas! No se supo hasta más tarde lo acontecido, y entonces se comprendió la previsión del general y quedó demostrada la precisión de las medidas que había tomado para el éxito de la algará. Más adelante, cuando pasados dos meses se puso en ejecución el proyecto, con el resultado que todos conocemos, se censuró á Michtchenko la organización que había dado á la algará, y aún se llegó á decir de él que no era un general de caballería. Pero yo afirmo, porque me consta, que el plan, la organización, el objeto y los detalles de la expedición no fueron los que él deseaba sino impuestos

por quien entonces dirigía las operaciones. Lo cierto es que ya entonces, en Octubre, el general hizo presente los inconvenientes de ajustarse al plan que se le imponía, para cuya realización no era menester el concurso de ningún general, y menos aun el de Michtchenko.

Apenas se encuentra en la Mandchuria otro general para quien la guerra sea tan fácil, sencilla y agradable como lo es para Michtchenko. Yo le ví por primera vez á mediados de Julio, en Sa-jo-tian; y solamente por su blanco cabello, su pequeño bigote blanco y su corta barba, que no acostumbra dejarse, también blanca, se reconoce su edad, próxima á los sesenta años. Es de alta estatura, bien proporcionado; viste túnica gris, con la cruz de San Jorge pendiente del cuello; sus ojos son oscuros, muy vivos; marcial su rostro, curtido y tostado por el sol; rápidos sus movimientos; todos sus caracteres físicos denotan la fuerza y el vigor. A él se encomendó la difícil expedición á Corea, y sin cesar de combatir se retiró desde el Yalú á Sa-jo-tian, padeciendo las mayores privaciones. Y en general su existencia se ha deslizado entre las batallas y las fatigas de la campaña, sin un momento de reposo. Cierta día dirigió el tiro de la batería como un consumado artillero, y más parecía el comandante de ella que el jefe del destacamento. A pie y á caballo escalaba las montañas, fatigando y siendo la desesperación de sus ordenanzas; al terminar la jornada era el último en entrar en la tienda, dormitaba mejor que dormía y era el primero en despertarse. «Yo soy un viejo cazador montañés», me dijo un día, al manifestar yo mi asombro por el género de vida que llevaba.

En otra ocasión, en el vivac, estaba sentado en un círculo formado por viejos camaradas suyos, ahora sus subordinados. Demostraba la mayor complacencia oyendo relatos alegres, sentidas canciones, y aceptando algún vaso de vino, pero de vez en cuando hacía serias reflexiones, hijas de la experiencia, y no cesaba de hacer preguntas y expedir órdenes para asegurar la tranquilidad y bienestar de sus cosacos y soldados. En estas labores es incansable. Por eso sus soldados y cosacos le corresponden con el más ardiente amor, van sin vacilar á donde ordena, y ejecutan todo lo que manda.

Del tercer regimiento de tiradores de la Siberia Oriental—que formaba parte del destacamento de Michtchenko en el mes de Septiembre (Octubre)—solo quedó, durante la batalla del Sha-ho, un puñado de hombres: tres oficiales y ciento cuatro soldados... No obstante, estos restos del regimiento llegaron á donde estaba el general, en perfecto orden y henchidos de entusiasmo. Al verse en presencia de Michtchenko prorrumpieron en *uras* (hurra) estentóreos, quisieron tirar del carruaje en que iba, y no siéndoles esto permitido, corrieron detrás del vehículo sin dejar de lanzar *uras* ensordecedores.

¡Si! Michtchenko posee el don de inflamar



El capitán de una sotnia de cosacos de Orenburg, recibiendo un parte

á las tropas, hacerlas ejecutar los hechos más difíciles y conducir las, por él y con él, á la muerte. El ha sabido rodearse en su destacamento y en todo el ejército, de una aureola legendaria; él posee en alto grado el arte de atraerse al soldado, de ejercer una especie de fascinación... La misma fascinación que distinguía al antiguo Plamenatz, que acaudillaba á los voluntarios montenegrinos. Y conviene advertir que aun cuando Michtchenko fué herido en Enero, no por eso desapareció la leyenda, ni se modificaron las ideas del soldado. Para éste, Michtchenko lo puede todo y todo lo ve. Me han referido que, en Ta-chi-chiao, un soldado dijo á uno de sus amigos: «Michtchenko ha echado á pique dos acorazados japoneses». Y á mí me ha contado un oficial,

criticando la situación que hubo de tomar el destacamento en Siu-yen, que solamente por salvar al general se libró toda la columna de caer en el lazo que hábilmente le había tendido Kuroki.

Su sangre fría, su imperturbable serenidad de espíritu, por desagradables que sean las circunstancias; su claro juicio; su facilidad en desembrollar las cuestiones más complicadas, son cualidades que le reconocen sus mismos adversarios. «Le admiramos», dijeron, y repitieronlo de nuevo más adelante, después de la batalla del río Sha, en Octubre del año pasado. «Su valor, puesto de manifiesto en todas partes, en medio de los mayores peligros, se demostró una

vez más al lado del capitán de cosacos Simonoff, del teniente Molodtchenko, del corneta Petroff y de algunos cosacos, asombrando á todos y maravillando á sus subordinados... Se salvó milagrosamente.»

Y de nuevo esto me trae á la memoria la disputa que acerca de Michtchenko sostuvieron en Mukden dos oficiales extranjeros. Los dos se expresaban en mal ruso y discutían acaloradamente. Uno de ellos negaba á Michtchenko cualidades de general de caballería, también le parecía deficiente artillero, y únicamente le concedía que podía mandar un cuerpo de infantería. El otro, agregado militar noruego, el simpático Ivan Antonytch Niukbist, que había servido en el destacamento de Michtchenko, le replicaba con gran vehemencia; reconocía en

Michtchenko dotes de general en absoluto, y no solamente para mandar cuerpos de caballería, artillería ó infantería.

«Cuando me incorporé al destacamento—dijo Ivan Antonytch—tuve mucho miedo. Vi tanta imprevisión y desorden, tanta vanidad y confusión en la retirada, que abrigué serios temores. Pero no tardé en observar que mi general (Ivan nunca nombraba de otro modo á Michtchenko) lo observaba todo con mucha calma, y entonces deseché mis temores».

Esa serenidad, tanto en el combate como en las situaciones más graves y difíciles, es uno de los rasgos más admirables del general Michtchenko, cuya bravura corre pare-

el compañerismo que nace y se desarrolla entre los peligros de la guerra, pero esto no impide que haga ocupar á cada cual el puesto que le corresponde, teniendo una frase amable para cada uno.

—¡Gracias, bravos infantes!—dice á la infantería—que habeis apoyado á mis cosacos.

—¡Gracias, valientes artilleros! Vuestro fuego ha sostenido á la infantería.

—¡Gracias, administrativos, que nos traéis las provisiones! ¿Qué sería de nosotros sin vuestra ayuda?

Constantemente, con firmeza y perseverancia, procura que se apoyen los unos á los otros. Pero casi nunca son necesarias sus advertencias, porque en su destacamen-



Grupo de cosacos del Amur, agrupados junto al banderín del Esaúl (capitán) de la sotnia

ja con aquélla. En verdad, esas cualidades las sabe transmitir á los hombres que combaten bajo sus órdenes. En la batalla demuestra una energía y una perseverancia extraordinarias, obligando á todos á la ejecución de sus órdenes; entonces su firmeza es inexorable. En Sha-ho-tian me encontraba yo con el polotón de la batería á caballo, cuando se produjo un movimiento de vacilación porque las municiones se agotaban y solo quedaban 15 cartuchos por pieza. Acudió Michtchenko y ordenó que se precipitase el fuego; en dos ó tres minutos quedó consumida la escasa dotación de municiones, y el general se alejó: había dado una lección á sus tropas.

Para este objeto aprovecha todas las ocasiones y no economiza palabras. Le agrada

to cada fracción auxilia á las de los lados, esforzándose en que recaiga sobre sí misma el peso del combate.

Sin duda el general, sin saberlo, cuenta con el favor divino. Michtchenko no se percató seguramente de la trascendencia de sus labores en la campaña, ni de la confianza que todos ponen en sus fuerzas. Sus altos hechos y la gloria que ha conquistado para el ejército ruso, le han elevado á la categoría de héroe popular de la presente guerra.

VLADIMIR APUCHKIN

P. S.—Después de escrito lo que antecede, se me ocurrió la siguiente pregunta: ¿es cierto que el general Michtchenko está siempre en contacto con el enemigo, es decir, que suministra al ejército noticias exactas

de la situación del adversario? Podría responder fácilmente á esta pregunta, pero no quiero hacerlo. Prefiero copiar lo que dijo el general Kuropatkin, en el mes de Octubre, en presencia del almirante Skrydloff y de los oficiales de seis regimientos de caballería:

«La misión de la caballería en el teatro de la guerra es extensísima. Es muy sensible que las condiciones locales y las grandes dificultades con que tropezamos en esta guerra, se opongan á que la caballería cumpla fielmente sus cometidos. Esto no impide, sin embargo, que alguien supere con frecuencia todos los obstáculos, acomodándose á las circunstancias y al desarrollo de las operaciones, y sirviendo concienzudamente



Los cantores de una sotnia de cosacos de Orenburg

al ejército, mediante la adquisición de noticias. Como modelo para todos puedo citar la brigada del Transbaikal del general Michtchenko: ella ha trabajado infatigablemente durante diez meses, y yo le estoy muy reconocido por las valiosas noticias que acerca del enemigo me ha suministrado».

V. A.

(Traducido directamente del ruso, por J. A.)

LOS OCIOS DEL

EJÉRCITO JAPONÉS

En conmemoración de la victoria del Yalu, las tropas de Kuroki celebraron grandes festejos, el día 1.º de Mayo. Los preparativos exigieron muchos días de trabajo, y pusieron á prueba la paciencia y el ingenio de aquellos hombres que se baten á la euro-

pea y conservan en toda su pureza las costumbres orientales.

Una leyenda japonesa muy extendida dice que en todas las cataratas mora una gran carpa, la cual cuando llega á la cumbre se transforma en un magnífico dragón. Esta leyenda, cuya moraleja es que la perseverancia siempre obtiene una buena recompensa, fué representada gráficamente en los campos manchurianos. La empresa corrió á cargo de una de las brigadas. Sobre un llano desnudo de vegetación que se extendía á los pies de una loma igualmente pelada, se simuló con ramas de árboles los bordes de la corriente de agua, y los macizos de verdura de las orillas y de los islotes; montones de algodón figuraban las agitadas

aguas del torrente, y medio sumergidas en ellas se veía una carpa de 25 metros de longitud, con escamas igualmente de algodón. Sobre la cumbre de la loma aparecía un dragón volador, cada una de cuyas alas no medía menos de 16 metros y cuyos gigantes ojos eran enormes cacerolas de estaño; su cuerpo estaba formado por mantas rojas, de munición, y sus inmensas fosas nasales por esteras; sus crines y su cola, esta última de 300 metros, eran de siemprevivas.

El general Fuji, jefe de Estado Mayor, y los oficiales del cuartel general, dirigieron los preparativos con el mismo interés que ponían en la dirección de una batalla. Verdaderos bosques de pinos y de árboles silvestres fueron transplantados para formar parques, avenidas y jardines. En el fondo

se alzó un altar, y cerca de él una estatua ecuestre, improvisada, del general Kuroki. Del altar partían dos avenidas: una de ellas conducía al pequeño pueblo de Pian-chi-tun, que ha servido de cuartel general al 1.º ejército japonés desde la batalla de Mukden. Un puente adornado con flores y cuyo arco era de siemprevivas, esteras chinas y ropas de algodón, fué tendido sobre un arroyo figurado. Entre los árboles que bordeaban las avenidas se colgaron cartones más ó menos artísticos, debidos á artistas verdaderos los unos, y á simples aficionados los otros, representando escenas japonesas, episodios de la guerra, y algunas caricaturas de los rusos, entre ellas la del general Linevitch.

En el llano se formó un pequeño jardín al estilo de los que se encuentran en el imperio del Sol Naciente. La noche antes, millones de flores de papel, confeccionadas por la tropa en las horas de asueto, fueron colocadas en las ramas de los árboles transportados y en los cuadros del jardín.

Los elementos no se mostraron favorables á la fiesta, porque desde el amanecer se desencadenó una fuerte tempestad de polvo; pero para los japoneses esto fué síntoma de buen agüero, porque según sus tradiciones cuando una tempestad de polvo tiene lugar durante una ceremonia en honor á los muertos, es indudable que las almas de éstos volverán pronto á la tierra.

La fiesta comenzó con una ceremonia religiosa, del rito Shintoista; todos los oficiales francos de servicio y todas las tropas que, sin peligro para la seguridad del ejército, pudieron abandonar sus acantonamientos, se congregaron en el llano; el sacerdote conjuró á los malos espíritus, agitando una varita adornada con rizos de papel, y luego, ayudado por los acólitos, bendijo las ofrendas. Después, todos los oficiales, por orden de categorías, depositaron un ramito de siemprevivas sobre el altar. Terminada la ceremonia, las tropas rompieron filas, dejaron los fusiles, y comenzó la alegría.

Del pueblo desembocó una gran cabalgata. Abía la marcha un numeroso pelotón de jinetes vestidos de guerreros samurai; llevaban espadas de dos manos, corazas de estaño dorado, arco y flechas, y yelmos de igual forma que la que se ve en muchos dibujos japoneses. Seguían luego grupos de

soldados á pie, disfrazados de samurai, criados, escolares, peregrinos, sacerdotes, artistas, granjeros, coolies, y en suma todas las clases sociales del Japón, con las cabezas rapadas y pequeñas coletas de nudo. Con pelucas, las caras empolvadas y kimonos floreados, varios soldados figuraban mujeres, de porte demasiado marcial seguramente y de maneras asaz desembarazadas, como adquiridas por catorce meses de guerra. No faltaban en la mascarada, pseudo-mujeres chinas, ni representantes del mundo occidental, entre ellos Miss Jones, de Nagasraki, con una blusa roja, una camisa blanca con dos grandes lazos rojos, y un hermoso sombrero de moda hecho por la mejor modista de Pian-chi-tun. Veíase también un pastor protestante, con sombrero de copa, frac, anteojos y bastón, caminando mesuradamente y con dignidad, aunque no lo bastante para impedirle tomar parte en las danzas que comenzaron luego.

Desde las diez de la mañana hasta al anochecer, los oficiales y la tropa hicieron un verdadero derroche de *confetti*. La comida sirvióse en larguísimas mesas de tablas, sobre las que se pusieron los platos nacionales y además el occidental *beefsteak*. En el extremo descollaba una gigantesca botella de cerveza, hecha con papel y esterillas, ridiculizando la afición que por aquella bebida se ha despertado en el Japón. No faltaba tampoco una oficina de correos, que facilitaba papel, sobres y tarjetas postales á la tropa.

Los dos espectáculos más del agrado de los militares espectadores, fueron las representaciones dadas en dos teatritos, y las luchas de fuerzas y agilidad. En aquellos se representaron por actores verdaderos—pues no faltaban ciertamente en el inmenso número de reservistas que forman parte del ejército—las obras más populares y conocidas. El aparato escénico, sumamente sencillo en el imperio, fué lo único que tenía todos los caracteres de propiedad, y aun la variedad, debida al ingenio de tantos entendimientos como fueron la que cooperaron en el arreglo teatral, dejó atrás la que se estila en el Japón.

Las luchas atléticas fueron innumerables y provocaron el entusiasmo de aquellos espectadores, cuyas aficiones por estos ejercicios estaban acrecidas por las ocupaciones

de los últimos meses. Como es ya tradicional en el Japón, no siempre los luchadores más robustos fueron los vencedores, sino que á menudo obtuvieron la victoria los más

triunfadores, así como á los que más se distinguieron en las demás diversiones.

Durante la jornada, no dejó la tropa de acudir al altar, á prosternarse ante los dio-



Muerte del Conde Keller, en la batalla de Yun-zu-ling

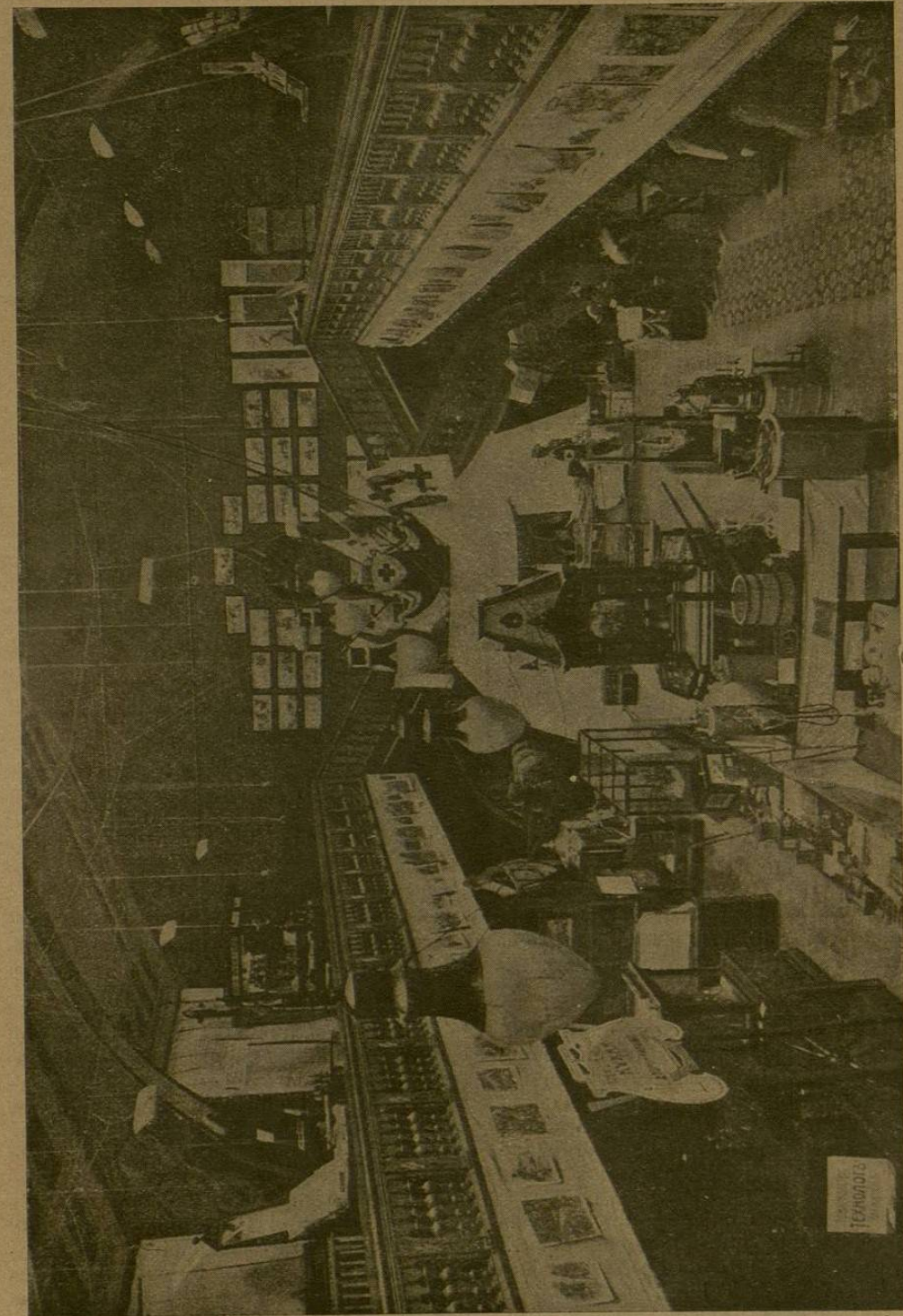
(Cuadro del pintor ruso Bunin)

ágiles y astutos. Pero la especial sonrisa japonesa, inexpresiva y cingmática, no despareció de los rostros de los vencidos. Innumerables premios fueron distribuidos á los

ses shintos. Dicho altar estaba delante de un semicírculo de mantas rojas colgadas de un andamiaje, representando el sol que dió origen al primer emperador.

Varios reservistas, en recuerdo de sus hogares, formaron un jardincillo con juegos de agua, de algodón, por supuesto y flores

Admira la paciencia y la suma de trabajo desarrollada por las tropas de Kuroki en la celebración del aniversario de la batalla del



Salón principal de la Exposición organizada por la Cruz Roja rusa, en San Petersburgo

de papel, y en él, una mujer japonesa cogiendo iris y un labriego algo más lejos llevando de la mano á un niño de corta edad.

Yalu. Si para mero recreo y pasatiempo los japoneses son capaces de trabajar tanto, sin arredrarles las dificultades y la fatiga;